

Ruth MacKay

Ocio, desarrollo económico y la patria: Cómo la leyenda de la pereza española se convirtió en una verdad incuestionable

Febrero de 2024.

El presente texto corresponde a la intervención de Ruth MacKay en la sesión titulada: "Los historiadores del presente ante los mitos del pasado: España y México", organizada por el Observatorio del Instituto Cervantes, en la Harvard University, Cambridge (USA), el 1 de febrero de 2024. En dicha sesión participaron: Marta Mateo, directora ejecutiva del Observatorio y presentadora; Tamar Herzog, historiadora, presidenta de la mesa; Tomás Pérez Vejo, historiador, ponente; y la propia Ruth MacKay, historiadora.

Muchos historiadores aceptan como una verdad casi incuestionable la noción de que el trabajo manual en la Castilla moderna fue objeto de desprecio y que aquellas personas que trabajaban en los oficios "sucios" fueron considerados "viles y mecánicos." Fue supuestamente una sociedad obsesionada con el honor, no con la prosperidad, o por lo menos no con la prosperidad que resulta del trabajo honesto. Por consiguiente, otra verdad casi incuestionable es que el desarrollo de España fue muy peculiar, diferente a los demás países durante la época conocida como la Revolución Industrial, todo por culpa de ese defecto mortal.

Un ejemplo entre muchos: En los años 70 el historiador francés Bartolomé Bennassar escribió, "El ideal español fue la ausencia de trabajo."¹ Él seguía los pasos de otro francés, Montesquieu, quien mucho antes había declarado que "el orgullo del español le impide trabajar."² Entonces, famosa por ser tanto perezosa como cruel, España ha sido objeto de más estereotipos que lo normal durante los últimos 500 años. Aunque ya no se admiten tan brutales sentencias, tengo que insistir, para Uds que no son historiadores de España, en el peso que dos narrativas –la manía del honor y el desprecio del trabajo– ha tenido en la historiografía española.

Sugiero que la Ilustración española tiene mucha responsabilidad por esa visión tan pálida y errónea que tenemos de la Castilla moderna. También opino que la veneración hacia la Ilustración por parte de los historiadores de los siglos XIX y XX, que vieron esa época como el momento en el que España demostró, por fin, que ella también podía abrazar el progreso y los avances intelectuales, impulsaron esas fábulas hasta nuestros días. Para entender bien los orígenes de esos mitos, hay que estudiar detenidamente los documentos de las épocas pasadas en su propio contexto. Y luego tenemos que preguntarnos, ¿cómo es que nadie se dio cuenta que los mitos no se corresponden con la realidad?

El contexto de la plaga perpetua del ocio es el famoso "declive de España," el periodo cuando España fue expulsada del mapa de los poderosos. Había perdido su dominio sobre gran parte de Europa, su poderío militar, su riqueza, y, utilizando una palabra propia de aquella época, su reputación. A finales del siglo XVI, y desde luego en el siglo XVII, gran parte de la industria local estaba prácticamente colapsada. Las

¹ Bartolomé Bennassar, *The Spanish Character: Attitudes and Mentalities from the Sixteenth to the Nineteenth Century*. (Berkeley: University of California Press, 1979), 117.

² *Spirit of the Laws* (XIX,9).

epidemias habían vaciado a centenares de aldeas, y la guerra constante contra gran parte del mundo significaba que miles de hombres y soldados estaban en una situación de incertidumbre, a la espera de que les mandasen lejos.

Durante esa época, hubo una explosión de panfletismo, los autores lamentando todos los males del reino y proponiendo miles de soluciones. No sabemos si esos escritores realmente veían una muchedumbre de mendigos o si los niños realmente morían de hambre porque sus padres, perezosos o borrachos (o las dos cosas), ni se molestaban en utilizar sus herramientas, oxidadas por falta de uso. Pero también se podría interpretar esos lamentos, como lo hago yo, como un indicio de que los autores de panfletos no sólo estaban inspirados por lo que veían a su alrededor sino que estaban participando en una conversación moral entre ellos y sus antepasados medievales y clásicos acerca de cómo los ciudadanos deben comportarse en una república.

Los panfletos y otros escritos acerca del ocio y los oficios viles, mecánicos, y liberales fueron muy populares durante la época moderna. Esto nos podría inducir a pensar que quizás el ocio realmente fue un problema y que nadie quería ensuciarse las manos. Quizás existían obstáculos al avance social para las personas que ejercían ciertos oficios. Pero resulta que no. Eso se me hizo obvio hace muchos años cuando empecé a leer las actas municipales de ciudades y pueblos por toda Castilla, y también los pleitos legales, y veía cómo los artesanos y sus gremios tenían una presencia constante y ruidosa.

Entonces, ¿por qué escribir tantos panfletos? Porque fue una forma literaria. Los hombres letrados siguieron los pasos de los gigantes griegos y romanos. Fue Cicerón quien realmente empezó la moda con sus *De officiis*, una clasificación de todos los oficios viles, mecánicos, y liberales, todos los cuales, dijo, fueron inferiores a la vocación de la agricultura. Los escritores escribían para ellos mismos. No fueron periodistas. Los panfletos indican qué pensaban, no qué observaban. No mentían. Simplemente participaban en un debate erudito, moral, y político.

En el siglo XVIII hubo una nueva dinastía en España cuando el último Habsburgo murió sin descendencia. Los Borbones, como es típico cuando llega una nueva familia al trono, se pusieron a rehacer su nueva posesión. Hubo cambios y reformas importantes en muchos sentidos. Los lamentos sobre el ocio español continuaban pero el contexto y el razonamiento habían cambiado. Ahora, durante la Ilustración, se quejaba de que la fuerza de trabajo era inadecuada y defectuosa y que no satisfacía los requisitos de una economía racional. Como consecuencia, había que dismantelar los gremios, que supuestamente impedían los avances económicos. Antes, en los siglos XVI y XVII, los escritores habían empleado el lenguaje de fracaso moral y el bien común, términos que reflejaban los debates políticos de su época. Pero ahora, en el XVIII, los escritores miraban a la economía, el avance, y el desarrollo. El patriotismo ahora figuraba en el discurso del trabajo. Los ilustrados durante los reinados de Carlos III y Carlos IV estaban empeñados en devolver su país a su lugar merecido entre sus vecinos europeos y destruir lo que uno de ellos llamó "el vicio capital de la indolencia."³ El lenguaje nos puede sonar familiar, pero la clave había cambiado, y las palabras ahora tenían un nuevo propósito. Sugiero que eso connota una transformación discursiva del siglo XVI hasta el XVIII en cuanto a la pobreza, la nación, el imperio, y la economía.

Gaspar Melchor de Jovellanos, uno de los ilustrados con más luces, animó a la Sociedad Real de Amigos del País, la nueva organización patriótica por excelencia, a

³ Lorenzo Normante y Carcavilla, *Discurso sobre la utilidad de los conocimientos Económico-Políticos...*, ed. Antonio Peiró Arroyo. (Zaragoza: Diputación General de Aragón, 1984), 22.

meterse en la lucha. Hablando del patriotismo dijo, "El ciudadano que sienta su corazón animado de esta virtud social, será precisamente activo y celoso y buscará con el mayor desvelo el bien de su país; mas quien no sienta tal estímulo será un individuo tibio, perezoso e inútil, y más que de provecho será de estorbo..."⁴ Su compañero de batalla, Pedro Rodríguez de Campomanes, quien fue ministro de Carlos III y el impulsor político más destacado de la Ilustración española, dijo en tono parecido, "El verdadero extranjero en su patria es el ocioso; y una pesada carga, tanto más insoportable a medida que es mayor el número de los inútiles."⁵ Refiriéndose a los que él llamó "mendigos voluntarios", añadió, "Son ciudadanos, si merecen este nombre, muy perjudiciales."⁶

El lenguaje de la pereza y del supuesto fracaso económico, entonces, se mantiene durante varios siglos. Pero es imprescindible entender dos cosas: primero, porqué esas personas, sean filósofos, reformadores, historiadores, o periodistas, decían lo que decían; y, segundo, cuáles fueron sus fuentes. Mi argumento es que el discurso del trabajo durante la época moderna, y más tarde [1] en la Ilustración, [2] después del desastre de 1898, y [3] incluso en el siglo XX, tiene menos que ver con el trabajo en sí que con una visión de España y la historia española en términos más amplios.

Parte del problema era que muchos capítulos de la historia española fueron escritos por los ingleses y los holandeses, que no fueron exactamente amigos de España. Pero los propios historiadores españoles no dudaban en señalar todos los fracasos y deficiencias de su país. Américo Castro, por ejemplo, el historiador más importante de la primera parte del siglo XX, dijo clarísimamente (y estoy traduciendo de la versión en inglés): "El pasado ibérico consiste en una serie de errores políticos y económicos, los resultados de los cuales fueron fracaso y decadencia".⁷ Este, digamos, es un legado bastante fuerte.

Este lenguaje continuó durante los años del franquismo, cuando, claro está, los historiadores tenían mucho que explicar. No utilizaban el lenguaje moralizante del siglo XVI o del programa ilustrado del siglo XVIII, pero en muchas maneras tenían el mismo problema: cómo explicar España. A finales del siglo XX, cuando yo -- y mis colegas aquí en la estrada -- estudiaba, los historiadores por los dos lados del Atlántico estaban muy influidos por el marxismo y los métodos historiográficos de Francia y Inglaterra; la escuela de los *Annales*, historia desde abajo, etc. Y entonces muchos historiadores españoles creían haber encontrado una explicación para el desarrollo decepcionante de su país: faltaba una burguesía como Dios manda. El problema, la razón por la tardanza en todo, decían, fue una supuesta obsesión con el honor y la amplia aceptación de los valores aristocráticos. Los españoles fueron presos de un supuesto código de honor. En vez de echar la culpa a una esencia nacional, como sus precursores, lo encontraban a través de un análisis de clase. (Algo es algo.) Pero, aún así, la explicación seguía estando basada en estereotipos, la repetición pasiva de los pies de página de otros, y la literatura (y sobre eso quiero ser muy clara: no se puede deducir cómo fue la vida de los trabajadores leyendo

⁴ Gaspar Melchor de Jovellanos, "Discurso dirigido a la Real Sociedad de Amigos del País de Asturias sobre los medios de promover la felicidad de aquel principado," en *Obras publicadas e inéditas*, vol. 2, ed. Cándido Nocedal, vol. 50 of the series *Biblioteca de Autores Españoles*, (Madrid: Hernando y Compañía, 1898), 438-53, p. 439. April 22, 1781.

⁵ Pedro Rodríguez de Campomanes, *Discurso sobre la educación popular* (1775), ed. F. Aguilar Piñal. (Madrid: Editora Nacional, 1978), 60.

⁶ "Oración gratulatoria..." 16 de septiembre de 1775, in Alberto Bosch, *El Centenario: Apuntes para la historia de la Sociedad Económica Matritense* (Madrid, 1875), 193.

⁷ Taken from *Lazy* p. 251, citing Edmund King's translation of Castro's *The Structure of Spanish History*, 5.

únicamente a Cervantes). Para esa generación del siglo XX, la Ilustración seguía siendo el momento clave, el momento de cambio hacia la luz, y seguían echando la culpa del desarrollo lamentable a los vicios de los trabajadores. Había culpa. Y ninguno se molestaba en mirar seriamente los documentos municipales, económicos, legales, o gremiales de las épocas anteriores para ver realmente qué había pasado.

Durante siglos, el español perezoso y ocioso, sujeto a gremios arcaicos con ordenanzas irracionales, realmente fue un tropo, un símbolo de otros problemas y aspiraciones incumplidas. Como resultado, para muchos historiadores ha sido difícil ver realmente cómo vivían los trabajadores de la edad moderna y qué pensaban, qué sentían. En parte, el problema ha sido que los historiadores, en vez de escuchar a los habitantes de lo que he llamado la república del trabajo, han tomado las palabras de los tratados antiguos y de los reformistas ilustrados como verdades, fuera de contexto. Pero el vocabulario de la política, la economía, y el trabajo ha cambiado según han pasado los siglos. Palabras como república, ley, utilidad, bien común, secreto y fraude –y todas esas palabras fueron claves en el discurso de trabajo en la época moderna– no necesariamente significaban lo mismo entonces que ahora. Tanto el medio –los panfletos a que me refería antes– como el mensaje –de que el ocio realmente fue un problema– tenían lugar en un contexto complejo que no es el nuestro. Si queremos realmente entender el pasado, los historiadores tenemos que ser capaces, o por lo menos estar interesados, en exhumar los significados antiguos sepultados en un mundo que solo aparentaba ser opuesto a la producción y el bien común.